

me dirigiré directamente al señor Conde. Vale más entenderse con el buen Dios que con sus santos. ¡Y ya se verá si Berrichón es capaz de llevar espada!

Desgraciadamente para él, sobrevino la marcha repentina de Lagardère cuando se disponía á hablar, y tuvo que aplazar sus hermosos proyectos. Para sustraerse á las faenas ordinarias, en cuanto daba sus lecciones de esgrima salía á vagar por las calles armado de un bastón con el cual hacía molinetes como si fuera una hoja de acero.

VII

Almendras dulces.

Desde el día siguiente al en que partió Lagardère escoltando á la hija del Regente un perillán muy mal vestido acudió á instalarse frente al palacio de Nevers varias veces por mañana y tarde, pasando grandes ratos ante la casa como si vigilara quiénes entraban y salían.

Tal debía de ser su misión verdadera, pues no quitaba ojo de la puerta y se fijaba mucho

en los que salían y entraban, examinando con atención puerta y ventanas. Pero como este manejo pudiera ser sospechoso sin un pretexto, el hombre tenía uno. Colgaba de su cuello una gran banasta llena de almendras. Era, pues, al parecer, un vendedor ambulante, si bien su comercio debía de producirle muy poco á juzgar por los andrajos que le cubrían. Podía uno sorprenderse de que, dadas su estatura y corpulencia, no buscase ocupación más lucrativa; pero para ello tenía también respuesta, pues podía invocar una herida grave, de resultas de la cual cojeaba bastante cuando alguien le miraba, aunque cuando no le veían no cojease.

Pregonando su mercancía recorría todo el barrio, é iba á sentarse en su lugar predilecto para reposar; frente al palacio de Nevers. Allí se quedaba á veces horas enteras, contentándose con lanzar su grito cada vez que se acercaba un transeunte. Así transcurrieron varios días, y el buen hombre hubiese podido continuar tal manejo toda su vida, si Cocardasse, que observó aquellas continuas estaciones, no las hubiera creído sospechosas.

—¡Cuernos de Satanás! ¡Hay por ahí muchos postes tan altos y tan duros como ése! ¿No te parece, Passepoil?

—Decididamente, prefiere ése á los otros: sus razones tendrá.

—Pues esas razones son las que hay que saber. Habrá que preguntárselas á ese bribón.

Sólo que el vendedor desaparecía cada vez que el gascón iba á interrogarle, lo cual aumentaba los recelos del diestro.

—¡Vive Dios! Parece que mi cabeza no le agrada á ese individuo; y con la suya me pasa á mí lo mismo. ¡Habrá que ver de dónde ha salido ese pajarraco!

—No le conozco, mi noble amigo. Debe de tener cierta edad, puesto que sus cabellos son canosos. Y no he visto á nadie cojear como á él.

—Razón de más.

—Si desconfía de nosotros, es que no tiene la conciencia tranquila.

—¿Te figuras que se planta ahí por nada durante horas y horas?

—No; pero ¿cómo vigilarle, puesto que se va en cuanto nos ve? Sospecho que nos conoce, Cocardasse.

—¡Mal pecado! Yo estoy seguro de ello. Pero acaso no conozca á Berrichón, y el pequeño podría espiarle.

—¡Excelente idea, mi noble amigo!

—¡Cuernos de Satanás! ¡Así sabremos si hay que romperle las almendras al mismo tiempo que la cabeza!

Los dos diestros y Juan Maria tuvieron consejo.

El muchacho estallaba de orgullo cuando se enteró de la misión delicada y de confianza que le encomendaban.

—Mira, pichón: puede ser que ese animalote descansa ahí por casualidad; pero puede ser que lo haga para espiarnos. En la duda...

—Y si se le pregunta, no dirá la verdad—dijo Berrichón.

—¡Mal pecado! Esa deducción discretísima prueba tu inocencia.

—Sí; pero yo iba á añadir algo...

—Di lo que quieras—interrumpió Passepoil;—pero ten en cuenta que debes obrar con cautela y astucia: si no... El tío es un coloso, y debe de tener la mano dura.

—Si tuviera una espada como vosotros, me pelearía con diez como él.

—Bueno; con diez como ése, bien; pero con ése no. ¡Hazme caso á mí! Conténtate sólo con observar bien lo que hace cuando está sentado en el poste de enfrente.

—¡Eso es! ¡Mal pecado! ¡Nosotros nos encargaremos del resto!

—¿Habrá que obligarle á que se mude de domicilio?

—No estará mal—dijo el prudente normando.—Pero sepamos tu plan.

—No vale la pena. Fiaos de mí. Si está aún ahí dentro de tres días, pierdo mi nombre.

Aunque se había abstenido de hacer farsas después de su famosa aventura de la calle del Chartre, había presenciado muchas y las almacenó en su memoria para caso de apuro; aunque es verosímil que su fecunda imaginación no le hubiera püesto en aprieto á tener que inventarlas. Y, dado su carácter, las consecuencias no le preocupaban nada.

Desde aquel día el vendedor ambulante tuvo un enemigo invisible que comenzó á hostigarle como moscardón encarnizado contra un león. Para principiar las hostilidades Juan María fué tranquilamente á acurrucarse al lado del poste, muy ocupado, al parecer, en tallar una rama con un pésimo cuchillo: ni levantó la cabeza cuando oyó pregonar su mercancía al cojo. Éste fué á sentarse en su observatorio, confiado y sin observar que una capa de pez cubría el asiento. No en balde tenía amigos zapateros Juan María.

—¿Qué estás haciendo, muchacho?—le preguntó el vendedor.

—¡Cáspita! Podría hacer algo si mi cuchillo fuera mejor; pero veo que voy á tener que renunciar.

Y tiró desdeñosamente la vara, contem-

plando con cierta delicia las almendras, pues ya sabemos que era muy goloso.

—¿Hace mucho que vendéis? ¿Venís con frecuencia por este barrio?

—Mucho no. Quédé inútil en la guerra de España: un balazo en la pierna que no me deja andar mucho rato, y suelo venir aquí á descansar. ¿Querrás comprarme almendras?

—¿Y con qué? No tengo ni un cuarto.

—¿Te gustan?

—¡Ya lo creo que me gustan!

—Bueno, pues pruébalas; pero ten cuidado de no romperte un diente, porque son más duras que el parapeto del Louvre.

—Muchas gracias. Las cascaré en casa.

Y se alejó con el puñado de almendras, que se metió en el bolsillo, y fue á situarse al otro extremo de la calle para no dejar de vigilar á su hombre.

Éste al poco rato decidió levantarse; pero sintió las calzas pegadas al pilón que le servía de asiento. Lanzó un terrible juramento; pero que no tuvo bastante eficacia para despegarle, y después de muchas tentativas infructuosas cortó por lo sano, dispuesto á perder aquella parte del calzón, tan necesaria para la honestidad. La vista de Cocardasse le aguijonó: hizo un esfuerzo, se enderezó, y escapó, tapando como pudo la rotura con los faldones de su casaquilla. En

el poste quedaba la tela que se llevó de menos. Votos y blasfemias corearon el percance.

Como habrán adivinado los lectores, el vendedor ambulante era el *Ballena*, y no quería ponerse frente á frente de los dos diestros. Éstos no dejaban de tener, pues, razones para desconfiar, aunque no le habían conocido. Aquella noche el muchacho limpió cuidadosamente el poste, y al otro día antes de sentarse el vendedor de almendras examinó con toda minuciosidad su asiento favorito.

Cuando estaba pregonando su mercancía una enorme manzana lanzada con certera mano conmovió la banasta de las almendras, desparamándolas por el suelo. Miró á todos lados, y no vió alma viviente. Sin tomarse el trabajo de recoger las almendras, se fué maldiciendo. Sus tribulaciones comenzaban. Cada vez que volvía, nuevo proyectil. Llovían por la derecha y por la izquierda. Una cebolla le dió en plena nariz: alzó la cara, y un gato cayó sobre su cabeza, clavándole las uñas para sostenerse; un plato de espinacas le llovió sobre las costillas... ¡Y no veía á nadie por ninguna parte!

La posición no era sostenible: sin embargo, obstinábase en volver. Aparte de las razones criminales que para ello tenía, deseaba con ansia descubrir al autor de aquellos ataques y castigarle ejemplarmente. No era cosa fácil. Pero si

no veía nunca á nadie en la calle, raro era que no se encontrase en los alrededores á Berrichón vagabundeando, y afectaba no reparar en él. Sin embargo, acabó por sospechar, no que fuera el autor de aquellas farsas, pero sí que algo tenía que ver en ellas. Y á la noche, cuando se dirigía á la *Granja Batelera* para reunirse con su jefe Gendry y darle cuenta de las causas que le impidieran aquel día hacer sus observaciones, veía en el horizonte la silueta de Juan María como un signo interrogativo.

De todos modos, su misión era acechar el regreso de Lagardère y tenía que arriesgarlo todo, si bien se reservaba castigar de un modo ejemplarísimo al farsante en cuanto le descubriera.

Tal tenacidad comenzaba á exasperar á Berrichón.

—¡Á fe mía, cueste lo que cueste—reflexionó á la mañana siguiente viendo que el vendedor de almendras volvía á su poste,—voy á jugar el todo por el todo y á descubrirme á él! Se pondrá furioso de ser forzado por un chico; pero le desafío á que me atrape.

Y tomada esa resolución, fué al encuentro de el *Ballena*.

—¡Eh, amigo!—le dijo—¿No hallasteis algo el otro día en ese asiento?

El vendedor le miró de través.

—Según lo que sea. He encontrado algunas cosas que no buscaba.

—Quiero referirme á un pedazo de pez que me dió un zapatero amigo mío, y que perdí quizás en este poste.

—¿Y no lo pondrías ahí expresamente?

—Ahora caigo en que sí. Y sin duda os habéis sentado encima vos para jugarme una mala pasada.

—¿Te gustan las manzanas?

—¿Por qué lo decís?

—¿Y te comes todas las que te dan?

—Casi todas.

—¿Y las cebollas?

—No puedo digerirlas: eso les sucede á muchos.

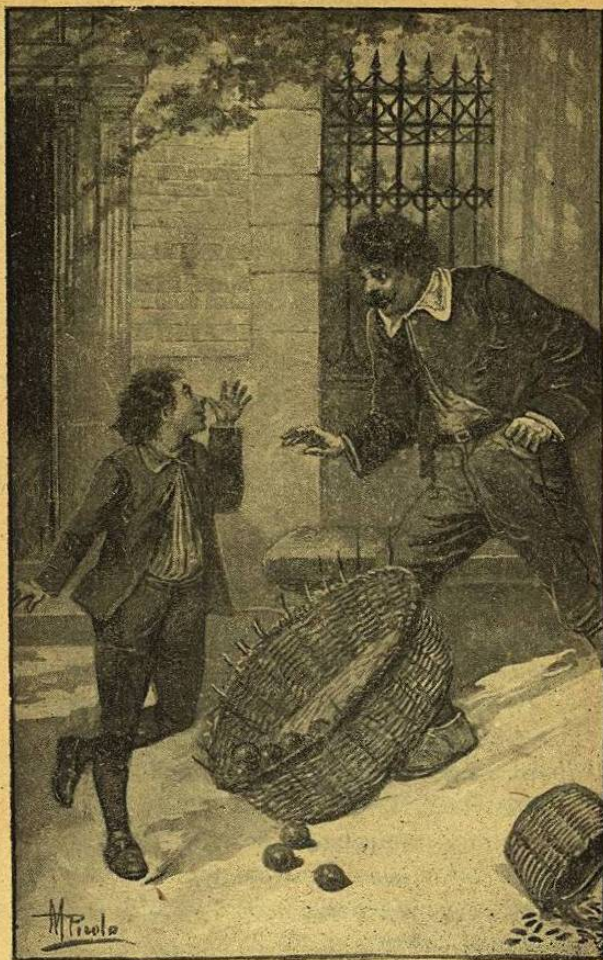
—¿Prefieres las espinacas?

—Según; cuando no tienen mucha mantequilla, las tiro por la ventana.

—Y á los gatos ¿los tiras también por la ventana?

—No sé lo que queréis decir. ¿Habéis encontrado por casualidad de todo ello en este poste? Entonces, es que está embrujado, y más os valdría cambiar de asiento. Yo sé de uno que os convendría más hacia la Cartuja de Vauvert.

—¿Por qué no te vas tú?



El *Ballena* se levantó furioso...

—No estáis gracioso esta mañana, amigo. ¿No queréis darme almendras?

—Si no has de tener otras que las que yo te dé, no te romperás los dientes de cascarlas. ¡Ea! ¡Largo de aquí!

—¡Eh, cojo de mala pata! La calle es de todos, y yo estoy en mi barrio.

El *Ballena* se levantó furioso; pero vió que se acercaba alguien, y para no faltar á su papel de inválido se reprimió y volvió á sentarse, gruñendo y gritando con toda su alma para templar su cólera:

—¡Quién me compra almendras! ¡Almendras dulces!

—¡Almendras dulces!—gruñó también remedándole Berrichón, y al mismo tiempo el *Ballena* recibió en plena nariz una pedrada como no la había recibido en su vida, y que le hizo ver las estrellas.

Ya no pudo contenerse más: se levantó de un salto jurando y maldiciendo, y se precipitó sobre el muchacho, que había tenido tiempo de cogerle buena delantera.

Entonces comenzó una carrera loca, fantástica; la caza de una zorra por un oso. Á veces creía el gigante tenerle al alcance de su mano; y el muchacho se le escapaba como por encanto, riéndosele en las barbas. De cuando en cuando caía al suelo furioso. Juan María le arrojaba á

las piernas un bastón, un canasto, cuantos objetos encontraba á mano, se escondía en el hueco de una puerta, volvía hacia atrás: le toreaba de lo lindo.

El espectáculo atrajo multitud de curiosos. El toro echaba espumarajos de rabia por la boca, blasfemaba horriblemente; el torero le burlaba, se reía, le incitaba con insultos y humorísticos calificativos. Y toda su habilidad consistía en no separarse del palacio de Nevers, donde pensaba refugiarse en el momento oportuno, bien convencido de que no había de perseguirle allá adentro.

De pronto, al volver una esquina se paró en seco soltando una carcajada. Las cosas iban á cambiar por completo. En efecto; cuando el *Ballena* dobló á su vez la esquina se detuvo también, y su primer impulso fué retroceder. En vez del gazapillo que creía cazar fácilmente, se encontró con caza mayor y temible; en lugar de un chiquillo, con tres personas, dos de ellas hombres conocidos que no esperaba ver en aquel momento, ni lo deseaba. Berrichón, en una palabra, se le presentaba de frente dando un brazo á Cocardasse y otro á Passepoil, y mirándole burlonamente.

—¡Sangre de Cristo! ¿Qué te quiere ese esperpento?

Al oír esta voz, muy conocida, el cazador se

transformó en caza. Lanzó en torno suyo una ojeada, titubeó un momento, y volvió la espalda, llamando á talones. La multitud se rió, le silbó y le apedreó con sus sarcasmos.

—¡Mal pecado! ¡Le reconozco en el modo de correr! Creo que ya no volveréis á ver á el *Ballena* disfrazado de vendedor de almendras.

—¡El *Ballena*!—exclamó Passepoil.

—¡Al ladrón! ¡Prendedle! ¡Detenedle!—gritó Juan María.

Y el populacho se lanzó impetuosamente á la caza del hombre profiriendo amenazas.

—¡Al agua con él! ¡Ha querido matar á un niño!—gritaron muchos.

Cinco minutos después la policía detenía á el *Ballena*, á quien la multitud acusaba de toda clase de crímenes; y mientras se esclarecían los hechos los dos diestros y Berrichón entraban tranquilamente en el palacio que les servía de vivienda.

INDICE

PRIMERA PARTE

	Págs.
I. Sacrificada.....	9
II. Conde de Lagardère.....	18
III. Nuevos adversarios.....	28
IV. Cocardasse maestro de baile.....	37
V. Seducción.....	46
VI. Fracaso.....	53
VII. La vuelta.....	62
VIII. Audiencia en el Palacio Real.....	68
IX. El embajador del Sultán.....	77
X. La araña de hierro.....	84
XI. Misión secreta.....	94
XII. Sulkán, el turco de las siluetas.....	105
XIII. ¡Sus al turco!.....	119
XIV. El acusador.....	133
XV. Tribunal regio.....	145
XVI. Prisión vacía.....	156